

NAVEGACION



POR UN RIO DE FE

EN la calle desfila el pueblo. Unánime. Caudaloso. En una confusa corriente de clases.

El rumor de las oraciones avanza, ondula, tropieza a veces en jaculatorias breves, se estrecha en respetuosos silencios, luego crece en cantos, en salmos y sigue y sigue como un torrente de fe hasta despeñarse bajo el arco de la Puerta Mayor de la Basílica, bajo el puente del Puerto, porque aquí el mar es María.

No todos los hijos del Pescador han tenido esta dicha mía de navegar por la fe mexicana en una navecilla emocionada. No todos han bajado la mano por la borda para tocar esta agua y sentir en los dedos el vivo líquido de las lágrimas. Salía el sol, el sol de las "mañanitas" de Tenochtitlán—las más poéticas del mundo—, y la luz se hacía música.

*Estas son las mañanitas
que cantaba el rey David...*

Entonces vi pasar las banderas como el alegre velamen de aquellas estrofas:

*Despierta, Madre, despierta;
mira que ya amaneció.
Ya los pajaritos cantan,
ya la luna se ocultó.*

¡Las bellas banderas primaverales y san-grientas del Anahuac y en su centro, indistintamente, el Aguila sobre el nopal o la Guadalupeana sobre la luna!

El Aguila y la Virgen presiden las dos apariciones de México, la aparición de sus dos historias, de sus dos razas, de sus dos testamentos. El Aguila profetiza a la Mujer. Es el revés sombrío, antecedente y anunciador del Ave. Bajo el signo del Aguila aparece una raza que ha de reunir, en el imperio y el culto de la muerte, los primeros elementos, las bases raciales de un futuro gran pueblo.

Cuando uno lee la historia del Imperio romano a la luz de la Revelación, los trazos misteriosos del Plan divino parecen legibles. Mientras el pueblo hebreo lucha de generación en generación por conservar pura e intacta la estirpe, el hilo de sangre, el linaje racial que ha de producir al Deseado de las naciones, Roma,



... SUS LARGAS FILAS SILENCIOSAS AVANZAN POR LAS CALLES DE LA VILLA.

inconscientemente, prepara la unidad del mundo para cuando florezca, del immaculado vientre de una Virgen, la flor de esa sangre predeterminada. No sabía el César que todo el esfuerzo milenar de su glorioso pueblo imperial era sólo el andamiaje histórico para el plan, mil veces más imperial y ecuménico, de un humilde y divino Galileo ajusticiado. Tampoco imaginó la dinastía azteca que aquella ambición unitiva, todavía bárbara, que apretaba con su garra guerrera la circundante serpiente de tierras y de pueblos, era sólo la preparación para un plan posterior que todavía no ha acabado de cumplirse, y para cuyo esclarecimiento vino España y habló luego, sobre otro nopal, otra Aguila de celeste vuelo, que hacía dos mil años había aplastado la serpiente con su pie.

Esta nueva Aguila sagrada, también iba a fijar el destino de una nueva raza y le habló en "parábola" y buscó para ello, como interlocutor, a un indio. El águila no iba a detenerse sobre el nopal para tomar entre sus garras a un pez, es decir, a un español, a un hombre que ya traía su destino con todo el sacudimiento ecuménico del Océano. Tomó la serpiente, tomó al que moraba y se arrastraba sobre la tierra con un destino todavía cerrado y todavía impreciso. Tomó, sobre todo, al más pobre de los clasificados en esa tierra.

Y de este modo puso una flecha de señal en el camino histórico de México. ¡Puso su propia imagen y señaló su predestinación! Si ella, pasando sobre el milagro, rompiendo lo natural y haciendo lo que no había hecho con nadie, busca a un indio mazehuatl y se enamora de la realidad y del símbolo de ese pequeño hombrecillo humilde y pobre, rechazado en todas las medidas sociales del mundo, no lo hace tan sólo por sí misma, sino por indicar a esta nación preferida cuál debe ser la preocupación de su historia y del movimiento de su pueblo y de su cultura. Era como decirle a México: "Te entrego como himno y como texto de tu Destino mi propio canto: ¡entona el Magnificat!"

¡Es bello y terrible cargar con la inquietud revolucionaria de esta divina "Internacional"!

Ahora, el río de multitudes salta por un raudal indio de danzas nativas. Yo navego por su orilla apretada y curiosa, mirando a los polluelos del Aguila



LAS BELLAS BANDERAS PRIMAVERALES Y SANGRIENTAS DEL ANAHUAC.

en el júbilo de su fiesta, saltando con el ritmo delicado y terreno con que los sembradores ponen el pie sobre la semilla arrojada en el surco. Miro sus rostros quietos, inmanentes, y ese pie milenario—infinito de caminos—marcando el son ritual en una marcha que al mismo tiempo baja al centro de la tierra y sube al cielo; son ritual, danza, música de raíces, de estrellas que lloran, de maíz que quiere nacer, de aguas que riegan la agricultura, de ángeles lentos y antiguos que custodian la historia. ¿Qué fuerzas hondas, poderosas, vírgenes, trae esta corriente del indio al caudal de nuestro destino cristiano?

¿Qué es el indio?

El indio es el puente de sangre entre la tierra nueva y la Civilización occidental, civilización que adoptó México desde que comenzó a ser nacionalidad viva. El indio—por eso—es Juan Diego, "el puente", como él mismo se llama, el puente entre la aspiración católica e hispana, simbolizada en la Virgen, y la tierra nativa con todo su vigor y todas sus posibilidades autóctonas. Pero el indio es también la RESISTENCIA; y éste es su más agudo y trascendente sentido sociológico. El indio no es bárbaro, no es enemigo de los progresos de la civilización, ni renuente a eso que llaman "progreso". Es, simplemente, un ritmo distinto, una vitalidad de cadencia progresiva más profunda y lenta, que sirve de resistencia en el devenir de la Patria, para que el hombre occidental, que también la habita, no cometa la torpeza de precipitarse en el vértigo de esa civilización perdiendo sus raíces y su capacidad de originalidad. El indio impide que México se diluya en un afán cosmopolita y despatriado empujado por el viento huracanado que surge de esa misma civilización hinchada de materialismo.

Pero al mismo tiempo que opera esa resistencia en el orden históricossocial, opera otra resistencia en el orden histórico moral: impone al insaciable afán de lucro de los tiempos modernos su vocación inflexible de sobriedad.

Yo miro sus largas filas silenciosas avanzando por las calles de la Villa, con sus zarapes elegantemente desplegados como una antigua túnica, con sus sandalias incansables y reverenciales, con sus pantalones blancos y limpios. Simples.

Hay que expresarlo con garbo y orgullo; una vez que esta carne solar ha sido bautizada, resulta para los anales cristianos un ejemplo único. De ella puede decirse que parece una raza que ha hecho voto de pobreza. Su casa, su comida, su elegancia sobria. Su vestido, que es la estilización más pulcra, sencilla y seria del traje del hombre. San Francisco, de haber nacido en América, hubiera usado el hábito de los indios. Ya lo dijo una vez Palafox: "He oído decir a algunos religiosos de la seráfica Orden de San Francisco graves y espirituales, mirando con pío afecto a los indios, que si aquel seráfico fundador, tan excelente amador de la pobreza evangélica, hubiera visto a los indios, de ellos hubiera tomado alguna parte del uso de la pobreza, para dejarla a sus religiosos por mayorazgo."



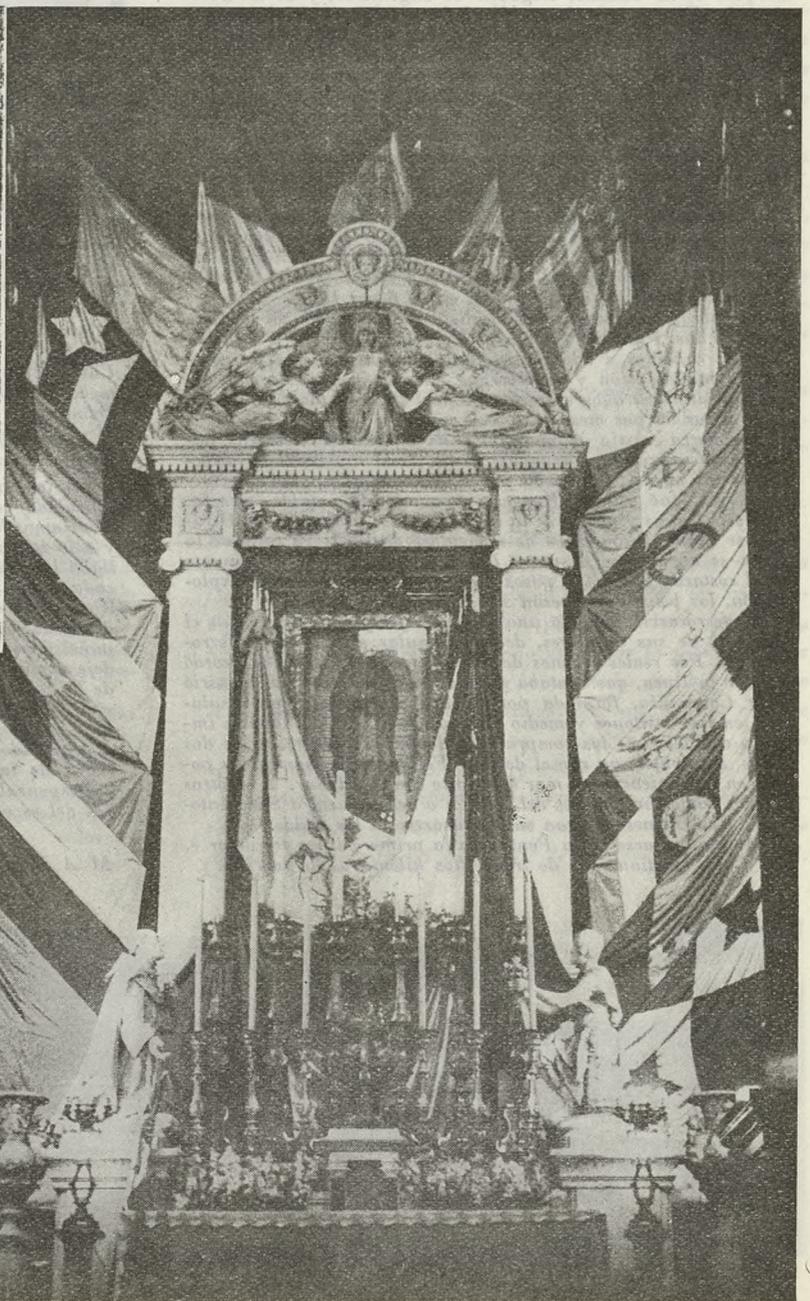
Porque este río de la fe mexicana así surge: ¡en la vertiente de la pobreza! ¡Río de tilmas, río indígena, río obstinado de justicia y hermandad! Río que nace cuando Hernán Cortés hincó sus rodillas en tierra para besar los harapos de fray Martín de Valencia; y cuando por los caminos estrechos del viejo México aparecieron doce apóstoles, descalzos y desposeídos, y los indios que los veían pasar gritaban: ¡Motolinía! ¡Motolinía! Era el nombre del primer capitulo de una gesta (Motolinía: pobreza) que ahora aquí continúa y corre, viva y trémula de esperanza. Motolineana es el agua de esta fe guadalupana. Porque lo que así comenzaba, así tenía que continuar. Y la historia de México no se restablecerá en su derecho camino ecuménico si la nueva juventud, calentada bajo las alas del Aguila, no se cubre con la tilma de Juan Diego, con el desprendimiento, la humildad y la caridad—virtudes del pobre—, que son los más profundos valores de la cultura hispanoamericana.

LA CORRIENTE LLEGA A SU DESEMBOLCADURA

Paso bajo el puente, bajo el arco del Templo que liga tierra y cielo, y entro al mar, ronco, sonoro, donde todas las oraciones y anhelos giran y se arrojan, en un último ímpetu de amor, al corazón inmenso y materno de María. Su imagen, al fondo del mar encendido (rosas y cirios), preside como la Stella Matutina un claro amanecer mexicano. Ahí está de nuevo el Aguila, y yo

... COMO UN TORRENTE DE FE HASTA DESPEÑARSE BAJO EL MARCO DE LA PUERTA MAYOR.

... CON SUS ZARAPES ELEGANTEMENTE DESPLEGADOS COMO UNA ANTIGUA TUNICA..



siento en la emoción de la multitud que la serpiente rebelde de mi ser ha sido cogida por sus garras. Ahora sé que yo he venido—como estos miles de hombres—a completar un inmenso, inabarcable plan universal. Ahora sé que América completa al mundo geográfica y etnográficamente: en la tierra y en el hombre. Y que en la parábola viva del milagro guadalupano Ella ha venido como Madre al encuentro de este último hijo que faltaba en la gran familia humana: el americano. Pero viene y lo encuentra por el camino sobrio y austero de la pobreza. Viene y toma al pobre y lo exalta y lo sublimiza. No quiere usar—lo dice claramente—ni a los grandes ni a los ricos, sino al pobre. No porque los religiosos o los gobernantes de entonces no fueran, los unos pobres y santos y los otros píos y buenos, sino porque quiso expresamente señalarmos un blanco, un objetivo: que busquemos como Ella al pobre, que lo traigamos a nuestro bienestar cultural, que le hagamos participar de todos los beneficios de la Civilización. Que hagamos de América la gran hermandad cristiana a que aspiró su Hijo abriendo sus brazos sobre el madero de la Cruz, brújula en la navegación de nuestra fe, aguja para este río del Amor.

P A B L O A N T O N I O C U A D R A

...SU IMAGEN, AL FONDO DEL MAR ENCENDIDO, PRESIDE, COMO LA "ESTELLA MATUTINA", UN CLARO AMANECER MEJICANO.